



Memoria: método del Acontecimiento

Asamblea Internacional de Responsables de Comunión y Liberación

CUADERNOS



Huellas

LA THUILLE | AGOSTO | 2006

Memoria: método del Acontecimiento

**Asamblea Internacional de Responsables
de Comunión y Liberación**

La Thuile, 26-30 de agosto de 2006



En portada:

Etsuro Sotoo, ángeles del grupo de la Natividad. *Sagrada Familia* de Antoni Gaudí en Barcelona

Sábado por la noche
26 de agosto de 2006

INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

Pensando en cada uno de vosotros, en el largo viaje que habéis hecho para llegar hasta aquí, con toda la espera de vuestra humanidad, de vuestro corazón, no puedo dejar de pensar en nuestra desproporción total, en la impotencia de nuestra energía para responder a esa espera, para responder a ese movimiento por el que hemos venido hasta aquí. Es demasiado grande lo que deseamos, es demasiado grande lo que cada uno de nosotros espera en su propio corazón para que nosotros, pobrecillos, podamos responder a esa espera. Y esto es lo que nos hace suplicar, pedir la fuerza de Otro, la fuerza del Espíritu de Dios, para que cumpla ese deseo: Él es el que ha hecho que nos movamos hasta aquí, Él es el que nos convoca, porque Él es el único que lo puede cumplir. Cuanto más conscientes seamos de esto más coincidiremos con esa súplica, con la petición que hacemos ahora al Espíritu.

Desciende Santo Espíritu

Pensando en esta Asamblea Internacional y en el punto del camino en el que cada uno se encuentra, me preguntaba: ¿qué tenemos en común todos los que nos reunimos aquí desde los rincones del mundo sino el deseo de certeza, de tener certeza en el camino que hacemos? Nadie –puedo decirlo sin miedo a desmentidos– quiere equivocarse de camino, todos queremos estar seguros de ir por buen camino. No queremos perder la vida, no queremos que el tiempo pase en vano, queremos tener la certeza de que el camino

que seguimos es verdadero –en el afecto, en el trabajo, en las relaciones, en el tiempo que vivimos, en todo–. Todos conocemos el efecto que produce en nosotros la sola posibilidad de equivocarnos de camino, de extraviarnos.

Cuanto más se detiene uno a pensar en esto, más se hace consciente del su deseo de certeza. No es una cuestión de coherencia: uno puede estar seguro de ir avanzando aunque vaya cojeando; el problema es la certeza de ir por buen camino, aunque sea lenta, trabajosamente, incluso cojeando, pero seguros. Sabemos todos cuántos intentos hacemos en la vida para vivirla bien. Si reparamos en todos estos intentos, en cada momento, en cada aspecto de la vida, el esfuerzo resulta verdaderamente impresionante. Sin embargo, la certeza no puede ser fruto de un voluntarismo, no basta con «decir» que estoy seguro. Es necesario «estar» seguros, y la certeza es un juicio. Descansamos de verdad cuando podemos decir con certeza: «Es cierto. Este es el camino», aunque esto no elimine el drama de vivirlo. El partido no se ha acabado, pero uno puede descansar.

Por eso –como nos ha enseñado siempre don Giussani– aprender a juzgar es decisivo para nuestro camino. Ningún voluntarismo puede sustituir este «aprender a juzgar» ni la certeza que le acompaña. Por eso nos hacemos amigos de verdad, nos convertimos en compañeros de camino hacia el destino si nos ayudamos a juzgar, –es trabajo al que don Giussani nos invitaba constantemente, desde el inicio de la historia de nuestro carisma–, es decir, si nos ayudamos a comparar todo cuanto sucede con ese conjunto de exigencias y de evidencias que constituyen nuestro corazón. Creo que, desde el punto de vista del método, no hay nada más decisivo –para que nos sirva todo lo que vivimos, incluso cuando nos equivocamos– que esa capacidad que el hombre tiene de comparar todo lo que vive con su corazón, de tal manera que, incluso cuando se equivoca, aprende algo, porque reconoce lo que corresponde y lo que no corresponde a lo que realmente desea.

Y tenemos la fortuna de no estar solos en este aprendizaje: estamos aquí, juntos, como compañeros de camino hacia el destino, para ayudarnos, para aprender a juzgar y de esta forma alcanzar una certeza que nos permita hacer un camino como hombres, seguros de no terminar en la nada. Es la gracia que el Señor nos ha concedido: encontrar un lugar donde el yo de cada uno importa, un lugar en el que el único motivo para estar juntos es que cada uno, sea cual sea su proveniencia, pueda alcanzar –según un designio que no es nuestro, sino del Misterio– su destino.

Es todo lo contrario de un esquematismo, de un automatismo: no estamos aquí para sustituirnos unos a otros, ni para suplantar el drama de la relación de cada cual con el Misterio, sino para sostenernos y acompañarnos. Todo lo que hacemos estos días y el trabajo que hemos realizado para preparar esta Asamblea es justamente esto: ayudarnos y sostenernos en el reconocimiento de lo que corresponde verdaderamente a la exigencia fundamental de nuestro yo. Es impresionante la ternura del Señor hacia cada uno de nosotros: ¡no sólo no nos ha abandonado a nuestra nada, sino que nos ha salido al encuentro y ha tenido piedad de nuestra nada!

La importancia de este trabajo –de la que estoy absolutamente convencido– me ha resultado más clara al leer la carta que una chica me ha enviado este verano: «Querido Julián: Quiero expresarte de nuevo mi gratitud por la forma en que tu insistencia sobre el corazón me saca de la nada. Cuando empecé mi camino, en un primer momento puse en juego el corazón, cosa quizá inevitable, pero después cambié el método, considerando el sentido religioso como una premisa interesantísima, pero censurando la pregunta: “¿Qué quiero yo ahora? ¿Qué me corresponde verdaderamente?” [censurar esta pregunta es censurar el sentido religioso]. Me he dado cuenta de que en estos años he dejado de usar el corazón, hasta el punto de que podría darle la vuelta a la descripción del inicio: en lugar de la percepción potente de la promesa y del vínculo con toda la realidad, el nihilismo, es decir, pensar que el deseo de infinito y de felicidad, en el fondo, es un poco exagerado. Si lo fundamental para reconocer la validez de un camino es empezarlo, comprendo que, al haber dejado de utilizar el corazón, ahora elimino el presente. De nuevo cambio el método: aplico un esquema (incluso “cielino”), extraigo consecuencias para decidir qué hacer, en vez de aventurarme en el día para ver qué pasará, para ver adónde me lleva Él, el Misterio. La petición permanece como una formalidad religiosa yuxtapuesta al sentido del deber, mientras de fondo domina el ansia. Al principio me resultaba evidente la percepción del desgarrar; dejar de percibir esta dramaticidad me espantó. Entonces, gracias a la amistad con una amiga, volvió a emerger por un lado este sacrificio de mis imágenes, y por otro este corazón imponente, incómodo e indomable que –¡gracias a Dios!– no puedo gestionar yo. Mi corazón vibró de improviso por el descubrimiento de la perla preciosa, por la cual quiero vender todo: este Jesús que me corresponde ahora, y que me llena del deseo de vivir cada instante como relación con Él.

No me interesa defender lo que ya sé o lo que he construido; quiero que esta Presencia me venza y me captive. Redescubro la exigencia de ordenar mis días para dar tiempo a este Tú singular, para dar espacio en mis quehaceres a esta preferencia, a este concreto amor de mi vida. Te pido que sigas acompañandome y corrigiéndome. Un fuerte abrazo».

Es un problema de método: nosotros podemos cambiar el método, y entonces ni siquiera Él, Cristo, resulta interesante, y en el fondo domina el ansia.

En los últimos Ejercicios de la Fraternidad –ya lo he dicho– no hemos desarrollado un tema particular como el año pasado («La esperanza no defrauda»). Planteamos una propuesta global, un recorrido a seguir. ¿Qué ha sucedido desde entonces hasta hoy? A la inversa de cómo solíamos hacer en esta Asamblea Internacional, como ya hicimos el año pasado os propongo empezar con una asamblea, porque quiero deciros que la novedad en la vida no viene de escuchar algunas frases geniales (que quizá ni siquiera soy capaz de deciros): la certeza que todos nosotros deseamos procede de la verificación de una propuesta concreta. No nos basta para vivir un discurso correcto con el ansia como trasfondo; para vivir necesitamos comprobar en el presente, en lo cotidiano, la novedad que Cristo introduce en la vida. Por ello, comprobar la propuesta que hicimos en los Ejercicios es lo que nos convencerá personalmente de que es razonable seguir el camino, ser cristianos y dar la vida a Cristo.

Si no lo experimentamos en nuestra vida, si no vemos la ganancia humana, la conveniencia humana de lo que nos decimos, si no experimentamos hasta qué punto vuelve a florecer la vida desde la mañana hasta la noche, lo queramos o no, seguiremos intentando hallar «respuestas» para vivir, como tantas veces nos pasa incluso después del encuentro que hemos tenido, después de haber conocido a Cristo. Muchas veces, al escuchar ciertas cosas, me sorprendo observando: «Mira, lo que estás diciendo es como aquella imagen que describe don Giussani de la llanura en *Los orígenes de la pretensión cristiana*¹: es como un intento tuyo de establecer una relación con el Misterio, de lanzar un puente: tu intento es noble, pero triste». Y esto no vale solo para los que todavía no han oído hablar de Cristo, lo podemos decir muchas veces de nosotros. ¿Por qué? ¿Porque no Le hemos encontrado? ¡No! ¡Pero no basta con encontrarnos con Él! Si después no realizamos una verificación que nos convenza cada vez más de lo que hemos

encontrado, seguiremos imaginando, afanándonos en nuestros intentos. Podemos decir: «Sí, ya lo sé; el discurso ya lo conozco», y seguir afanándonos con nuestros intentos.

Entonces, si en estos días nos ayudamos a comprobar lo que dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad no tendremos que recurrir de nuevo a intentos fallidos de antemano. Por eso mañana dedicaremos el día entero a una asamblea para hacer juntos esta verificación. No tenemos prisa, es un camino, es un camino que hacemos juntos, no hay que añadir contenidos nuevos al discurso, debemos ayudarnos a comprender lo que ya dijimos y verificarlo al compartir lo que hemos vivido, las preguntas que nos surgen, las dudas, lo que no está claro, para ser compañeros de verdad. Por eso, nos centraremos en la experiencia. Mañana el tema será la experiencia, no reflexiones sobre lo que dije en Rímini: ¡esas os las podéis ahorrar! Queremos comprobar una experiencia, de manera que todos podamos –es lo que hay que pedir– irnos de aquí más ciertos, más convencidos, más seguros de que este es el camino.

Os saludo a todos, a cada uno personalmente. Cada uno de vosotros es precioso porque nos ha sido dado por el Misterio, porque ha sido elegido por el Misterio junto a nosotros. Si lo piensas un instante, te das cuenta que nadie estaría aquí si el Misterio no lo hubiese elegido para formar parte de esta compañía. Por ello, quiero abrazaros a cada uno, porque formáis parte de mí, como yo formo parte de vosotros.

Nos reunimos aquí procedentes de 71 países en los que está presente el movimiento. Espero que todos podamos participar con fruto en el trabajo de estos días. Pidamos en la Santa Misa que cada uno haga todo lo que pueda para que, según la gracia recibida, contribuya al bien de todos.

Lunes por la mañana
28 de agosto de 2006

LECCIÓN

Julián Carrón

Mi intervención de esta mañana quiere ser una especie de puntualización, de ayuda en el trabajo que estamos haciendo, no quiero poner más carne en el asador (todavía hay mucho que trabajar sobre el contenido de los Ejercicios de la Fraternidad).

La primera noche partimos del deseo de certeza que todos tenemos: deseamos que la vida no se pierda, deseamos estar ciertos del camino que hacemos. Muchas veces vemos que hay una fragilidad última con respecto a esto, debido a una falta de juicio. El juicio es lo que nos permite en cambio estar ciertos, poder afirmar con certeza las cosas, los hechos, los datos, lo que nos permite apoyar toda nuestra existencia sobre aquello que nos ha sucedido. Cuando falta, estamos todos a merced de los sentimientos, de las circunstancias, de los estados de ánimo. Por eso, don Giussani insiste siempre en el hecho de que hace falta una educación.

I. La educación necesaria para comprender

Como primer punto, quisiera detenerme en la educación que es necesaria para comprender. Escribe don Giussani en el imponente capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana* («La concepción que Jesús tiene de la vida»): «Para captar y juzgar [la novedad] el valor de una persona [de algo] a través de sus gestos hace falta una “genialidad humana”»².

Tenemos experiencia cotidiana del hecho de que para que alguien nos entienda, para que pueda comprender de verdad lo que tratamos de comunicarle, debe tener una genialidad. Cuando esta falta, cuando existe una carencia en el origen, el otro, aunque esté ante nosotros con toda su buena voluntad, no nos comprende. Cuántas veces, al tener una preocupación o una dificultad, hemos comunicado al otro nuestras preocupaciones (no se las hemos contado al primero que pasaba por la calle, hemos elegido bien a la persona a la que contárselas, una persona dispuesta a escucharnos, a prestarnos atención) y, después de haberle preguntado: «¿Me entiendes?», por el modo con que respondía «Sí, claro» hemos comprendido que no había entendido nada. Porque no basta la buena voluntad para comprender, hace falta una humanidad, hace falta una experiencia humana que permita captar, comprender, entender lo que el otro está diciendo. Sin esto, aunque uno quiera comprenderte porque es amigo tuyo, porque le importas, porque te estima, no puede hacerlo.

También en este sentido se ve la genialidad de don Giussani, que constantemente se da cuenta de este factor, y dice que para valorar, juzgar y entender algo «hace falta una humanidad», hace falta «una posibilidad de correspondencia humana»³. Por tanto, es indispensable el yo, nunca podemos prescindir del yo, porque es el yo el que comprende, el que es capaz de asombrarse, de captar la diferencia, de valorar lo que tiene delante, lo que encuentra en su camino, lo que aparece en su vida, y el que puede llegar a un juicio.

En don Giussani siempre estuvieron unidas ambas cosas, como subrayamos en los Ejercicios. En *De la utopía a la presencia* escribe: «Nosotros reconocemos a Cristo como verdadero porque mueve esta experiencia originaria [la nuestra]. En este sentido no podemos evitar lo humano, y es necesario lo humano para poder ser conscientemente cristianos»⁴; podemos decir: para ser hombres de forma consciente, para comprendernos entre nosotros, para que se produzca un diálogo humano, una relación humana. En un diálogo, lo que intercepta mi yo o tu yo, como también lo que intercepta a Cristo, es justamente esta «carne y huesos que nos constituyen, este “semblante” de exigencias y necesidades que somos, es nuestra humanidad»⁵. Lo que intercepta todo lo que entra en relación con nosotros es nuestra humanidad.

Cuanto mayor es esta humanidad, cuanto más consciente, viva y rica es nuestra humanidad, más facilidad tiene para captar los signos. Don Giussani pone el ejemplo del médico. Nosotros

conocemos al otro a través de los signos que nos ofrece: la persona se expresa con gestos, que son como los síntomas a través de los cuales conocemos al otro, entendemos qué es el otro. «Cuanto más genial es el médico, más capacidad tiene de valorar los síntomas»⁶. En este sentido hace falta una genialidad humana. Cuanto más geniales somos como humanidad, cuanto más vibra ese conjunto de exigencias y potente es nuestra humanidad, tanto más rápidamente captamos la diferencia entre una cosa y otra, menos síntomas necesitamos, menos indicios para llegar a comprender. Nuestro amigo escultor, que nos habló ayer por la noche, captó enseguida la diferencia ante lo que tenía delante: se hallaba aquí como en el paraíso, dijo. Nosotros estamos aquí y podemos estar distraídos. Cuando vuelva a casa, nuestro amigo no podrá olvidar lo que ha visto y que lo ha cautivado. No es que haya realizado un esfuerzo particular o que se haya entrenado para verlo. No. Sin embargo, ha llegado aquí con una humanidad tan potentemente humana que ha captado enseguida la diferencia. Todos estábamos aquí ayer por la noche, pero, ¿cuántos han captado, como él, la diferencia? ¿Quién ha sido capaz de valorar como él? No es que algunos hayan visto determinados hechos y otros no: todos hemos visto lo mismo. Por tanto, lo que marca la diferencia no es lo que hemos tenido ante los ojos, que es igual para todos, sino esa humanidad capaz de comprender, esa genialidad humana a la que alude don Giussani. Cuando falta, no tenemos la capacidad de juicio necesaria para avanzar seguros en la vida. Por eso deseamos cada vez más aprender a juzgar todo cuanto se nos presenta.

¿Qué podemos hacer para incrementar esta capacidad de juicio, avivar esta genialidad humana, esta apertura última? Giussani define esta genialidad como «apertura última del espíritu», apertura total del yo. «Lo que hemos llamado genialidad religiosa [humana], esa franca apertura última del espíritu, aunque sea a partir de dotes naturales distintas en cada uno de nosotros, es algo en lo que tiene que comprometerse continuamente la persona. La responsabilidad de la educación es grande». Es verdad, todos nosotros venimos al mundo abiertos ante la realidad. Lo vemos en el niño, que siente curiosidad por todo: todo le sorprende, todo le reclama. Pero esta apertura última con la que venimos al mundo debe ser constantemente educada para que permanezca como tal. Esta es la tarea de la educación.

«Esa capacidad de comprender, aunque sea connatural [a nuestro yo], no es algo espontáneo». Atención, ¡no es algo espontáneo!

No es que yo la pueda mantener viva así, sin hacer nada. Prueba de ello es que es difícil encontrar un adulto que no sea escéptico, porque esta apertura no se mantiene espontáneamente: es necesario implicarse continuamente. «Más aún –dice don Giussani–, si se la trata como una pura espontaneidad, la base de sensibilidad de que se dispone originalmente quedará sofocada». Esto se entiende perfectamente, lo vemos en nuestra experiencia.

«Reducir la religiosidad [esta apertura última del espíritu] a la pura espontaneidad [es decir, no hacer este trabajo, no comprometerse] es el modo más definitivo y sutil de reprimirla [no hacer nada es reprimirla], de rebajarla exaltando sus aspectos fluctuantes y provisionales ligados a un sentimentalismo contingente». Se reduce todo a un sentimentalismo contingente. Don Giussani lo expresa de modo meridiano. «Si no se estimula y ordena constantemente la sensibilidad hacia nuestra propia humanidad, ningún hecho [¡atención, ningún hecho!], ni siquiera el más resonante, encontrará correspondencia». ¡Es terrible! Esto quiere decir que no es que no haya nada que corresponda; es que ni siquiera el hecho más resonante encontrará correspondencia en nosotros, yo no lo sentiré, no lo percibiré como correspondiente a mi yo: no es que no lo sea, es que no lo percibo como tal, aunque se trate del hecho más clamoroso. «Antes o después todos hemos experimentado ese sentido de obtusa extrañeza ante la realidad que se experimenta en un día en el que nos hemos dejado llevar por las circunstancias y en el que no nos hemos comprometido en ningún esfuerzo: de improviso cosas, palabras y hechos que antes eran para nosotros razones evidentes [que nos correspondían de manera evidente], ese día [en el que nos hemos dejado arrastrar por las circunstancias] dejan de ser tales y ya no se entienden [no nos dicen nada]»⁷.

¿Comprendéis cuál es el drama? Para percibir la correspondencia no basta con que Cristo permanezca presente en la historia («Estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»⁸), hace falta un yo capaz de reconocerle. Y este yo debe ser constantemente solicitado, debe comprometerse constantemente. ¿En qué consiste este compromiso? No se trata de realizar un esfuerzo de no se qué tipo, sino de hacer lo que explica el capítulo décimo de *El sentido religioso*. Este compromiso coincide con «vivir intensamente la realidad»⁹, porque en el impacto entre la realidad y mi yo emerge la pregunta última, surge la pregunta última, brota esta apertura última de la que hablamos. Lo que me llena de asombro

y facilita mi apertura es vivir intensamente la realidad, es comprometerme con la realidad, ya sea ésta bonita o fea. La pregunta no se despierta solamente porque algo es bello, por el rostro de la persona amada («Pero Tú, ¿quién eres?»); se despierta también por el dolor de la enfermedad, de mi madre o de un amigo, por la muerte de un hijo, o cuando estoy agobiado por el trabajo o estoy hartado: «Pero, ¿qué sentido tiene todo esto?». La realidad despierta toda la pregunta humana. La pregunta no surge al margen de la realidad, no se despierta en quien no hace nada; emerge en quien se compromete con la totalidad de la vida: cuanto más te comprometes, más te importa la persona que está enferma, y más viva aflora la pregunta: «¿Qué sentido tiene?».

En este impacto, emerge la naturaleza del yo: el yo como misterio, un yo no reducido, un yo constantemente abierto, porque el encuentro con la realidad reabre constantemente el yo al Misterio. La razón conforme a su naturaleza se abre, se convierte en verdadera razón. Aquí captamos cuál es la naturaleza propia de la razón: es esta apertura última que surge en nosotros ante la realidad que pregunta «¿qué sentido tiene?», «¿por qué merece la pena vivir?». La naturaleza de la razón es este deseo, esta exigencia de significado total. Es una realidad sellada por esta palabra: «totalidad», «Misterio», «exigencia de significado total». ¡Esto es mi yo! Esta es la exigencia que me constituye al vivir la realidad concreta: cuanto más intensamente la vivo, más emerge con claridad en la experiencia. No es teorizando sobre la realidad, formulando qué es la razón o definiendo que es el corazón, como comprendo mi yo, como percibo mi yo como una apertura última y total, sino en el encuentro con la realidad, en la experiencia que vivo.

Esta es la lucha. Don Giussani entró en la escuela diciendo que el problema no era la fe, sino la razón, este concepto de razón. Y nosotros muchas veces no somos distintos de los demás, a menudo utilizamos la razón como los demás: una razón sin Misterio, una razón en enemistad con el Misterio.

Puesto que la correspondencia que nos interesa es lo que se corresponde con el misterio de nuestro yo, es allí, en la experiencia, en donde yo puedo ver qué me corresponde. No se trata de aclarar el concepto A o el concepto B: es que la naturaleza de mi yo “nace” en el encuentro con la realidad, es lo que llamamos experiencia. Por eso, todo lo que estamos diciendo se comprende mucho mejor –como siempre nos enseña don Giussani– mirando que razonando: mirando la experiencia, porque en la

experiencia todos los factores están unidos. Como ante el dolor por la muerte del hijo recién nacido de unos amigos: en el encuentro de mi yo con ese hecho, en esa experiencia, emerge todo el alcance de mi exigencia de significado. No se trata de piezas que tengamos que unir: en la experiencia todo está unido. Allí vemos cuál es la naturaleza de nuestro yo y de la realidad. Cuanto más vivimos, más nos damos cuenta de ello. Así surge –sintética– la pregunta: *Quid animo satis?*¹⁰ ¿Qué hay capaz de satisfacer a mi yo? Sólo aquello que es capaz de satisfacerme puedo decir que es «correspondiente» a mi yo. Si miramos la experiencia, ¿de qué podemos decir que satisface totalmente a mi yo? *Quid animo satis?* ¿Qué puede satisfacer plenamente a mi yo?

Síntomas de que no encontramos esta satisfacción son la tristeza, el aburrimiento, la soledad, el sentimiento de insuficiencia, acusar a las cosas de insuficiencia y nulidad, como decía Leopardi¹¹. Muchas veces consideramos estos síntomas como complicaciones a eliminar, a censurar. En cambio, para un genio como Leopardi, son signos de la presencia de Algo distinto. Estos síntomas, para una persona que tenga familiaridad con lo humano como la tenía don Giussani, son el primer signo del Misterio: «Soy yo lo que te falta en cada cosa que tú gustas». Y cuando nos encontramos con un hombre así –que reconoce cada uno de estos síntomas como señales de la necesidad del Misterio («Soy yo lo que te falta»)–, comprendemos en qué consiste un yo no reducido, un yo lleno de Misterio, un yo según su naturaleza.

Muchas veces nos preguntamos por qué la realidad nos atrae y después nos desilusiona. No comprendemos que lo que nos atrae es lo que está dentro de la realidad. Lo que nos atrae es el punto de fuga. «Cada cosa –dice don Giussani en un texto sobre la Resurrección– contiene un punto de fuga hacia el infinito, hacia lo eterno, y es eso lo que te atrae, porque tiene la misma medida de tu corazón»¹². Lo que nos atrae no es la cosa, sino ese «Algo dentro de algo» del que hablábamos el año pasado, ese Algo que es el «punto de fuga». Si uno no se da cuenta de que lo que atrae es el punto de fuga, antes o después queda desilusionado, no porque la realidad defraude, sino porque ha reducido lo que tiene entre manos a una realidad sin Misterio, sin punto de fuga.

Hace falta una lealtad, una lealtad formidable con la propia experiencia humana para no detenerse. Donde esto se ve con mayor claridad es tal vez en la experiencia amorosa. Nada despierta nuestro yo, nada nos hace tan conscientes de nuestro deseo

de felicidad como la persona amada: su presencia es un bien tan grande que hace brotar la naturaleza verdadera de nuestro deseo, nos hace comprender la profundidad y el alcance de este deseo, que es deseo de infinito (¡cuántas veces hemos citado a Pavese: «Lo que un hombre busca en los placeres es un infinito, y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud»^{13!}). Un yo y un tú limitados suscitan uno en el otro un deseo infinito, se descubren ambos lanzados por su amor hacia un destino infinito, sienten la necesidad el uno del otro para no quedarse bloqueados, encerrados en el propio límite, para abrirse constantemente a un misterio infinito.

Cuanto más me cautiva el rostro de la persona amada, tanto más me abre, me despierta el deseo del infinito: tengo necesidad de él, de ella. Pero si me detengo aquí, me doy cuenta de que no cumple mi vida. Por eso, de forma muy aguda, el Papa ha dicho: «El amor promete la infinitud». En el amor nosotros experimentamos esa apertura total al infinito; el amor promete «la eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana»¹⁴. El otro es un bien tan grande, es un bien tan precioso, que hace salir a la luz todo el deseo de plenitud que tenemos dentro.

Es lo que testimonia Leopardi, el genio de Leopardi, en su himno a *Aspasia*: «Rayo divino pareció a mi mente, / tu belleza, mujer»¹⁵. La belleza de la persona amada, de la mujer, es percibida por el poeta como un rayo divino, como la presencia de la divinidad, del infinito; a través de su belleza es Dios el que llama a la puerta del hombre. Si el hombre no comprende la naturaleza de esta llamada y, en lugar de secundarla, de dejarse arrastrar hacia el infinito, hacia lo divino, se detiene en la belleza que tiene delante, enseguida esa belleza se muestra incapaz de cumplir la promesa de felicidad que ha despertado. Como dice Leopardi: «Ésta no es, incluso en los abrazos, sino aquella a quien adora y ama. Mas conociendo el cambio y el error se llena de ira; e injusto culpa a veces a la mujer»¹⁶. El hombre se enfurece con la mujer, se llena de cólera, porque su presencia no cumple, porque suscita una sed que no es capaz de saciar, porque aviva un hambre que no halla respuesta en quien la ha despertado. De aquí la rabia, la violencia, esa que experimentamos tantas veces, cuando nos enfadamos con la realidad. La belleza, en realidad, es un rayo divino, un signo que remite más allá, a otra cosa. Su belleza grita delante de nosotros con las palabras de Lewis: «No soy yo. Yo soy sólo un recordatorio. ¡Mira! ¡Mira! ¿A qué te recuerdo?»¹⁷. Con estas palabras el genio de Lewis

ha sintetizado la dinámica del signo, del que la relación entre el hombre y la mujer constituye el ejemplo más elocuente.

Hace falta un yo que sea capaz de comprender lo que busca, como Leopardi: él se da cuenta de que lo que busca en la belleza de la mujer es la Belleza con mayúscula; no la belleza de una mujer, sino la Belleza con mayúscula (como nos ha enseñado a leer don Giussani). En el himno *A su dama* expresa cómo todo el deseo que la belleza de la mujer despierta en él es el deseo de la Belleza con mayúscula, la «idea eterna» de la Belleza –y esto constituye una profecía de la encarnación, decía don Giussani¹⁸–.

Lo que nosotros anhelamos es esto. Si no nos damos cuenta de que lo que buscamos es esta Belleza con mayúscula, este punto de fuga en todo lo que encontramos, la realidad nos desilusiona, no porque nos haya hecho una promesa que no es capaz de cumplir, sino porque no hemos captado la naturaleza de la realidad como signo que nos remite más allá. No es un problema de “meditación” –no es que Leopardi hiciera meditación–; es que no nos dejamos arrastrar por la naturaleza del signo más allá hasta ese Misterio.

II. El punto de fuga

Toda la cuestión, por tanto, es si podemos encontrar ese “más allá”; si podemos tener experiencia del contenido del punto de fuga ahora! Es lo que nos ha sucedido en el encuentro cristiano. Nosotros, al encontrarnos con el Verbo encarnado (del que la Belleza que “soñaba” Leopardi es el signo carnal, histórico), hemos encontrado el contenido del punto de fuga. La cuestión, entonces, es cómo podemos seguir continuamente este punto de fuga en la realidad que vivimos. Como nos ha recordado don Giussani, la única posibilidad de que podamos encontrarlo ahora es la resurrección de Cristo. Cristo resucitado nos hace experimentar el contenido del punto de fuga. «Cristo resucitado es el primer y fundamental acontecimiento en el que el punto de fuga se ha convertido en experiencia del hombre»¹⁹.

El contenido del punto de fuga se ha convertido en experiencia del hombre. Nosotros, al encontrarnos con Cristo, podemos tener experiencia ahora de este punto de fuga. ¿Cómo? A través de esa experiencia por la que, ante ciertos hechos que suceden, no en la imaginación, no fuera de la realidad, no pensando en nuestra habitación, sino ante nuestros ojos, uno no puede dejar de decir: «¡Es

Él!». Su presencia se documenta de forma tan potente que uno se ve “aferrado” completamente por ella. Al menos en ciertos momentos nos resulta evidente que allí experimentamos lo eterno, tenemos la experiencia de ser totalmente aferrados, hasta el punto de que queremos que esto sea para siempre. Por tanto, la cuestión decisiva es que esto pueda volver a suceder.

Este verano me ha impresionado una frase de don Giussani que dice que la novedad no está en la «diferencia», no está en cambiar de «celda»²⁰ (como decía Kafka). Muchas veces pensamos en la novedad como en cambiar de celda, de circunstancia, cambiar de trabajo (¡cuando no en cambiar de mujer!). Pero la novedad no está aquí; ella consiste, «se experimenta mucho más como novedad cuando sucede algo que se espera»²¹: la novedad está en el Acontecimiento. Nosotros vemos que, cuando sucede esto verdaderamente, sea cual sea la circunstancia, en cuanto Él documenta Su presencia, esto nos basta.

La única cuestión de la vida es que esto vuelva a suceder, que Su presencia suceda continuamente. Eso es lo que facilita cada vez más el juicio: «¡Es Él! ¡Es Él!, de forma que podamos decir con certeza: «Cristo resucitado es un juicio», no es un sentimiento mío, es un juicio. Esto es tan cierto que hay cosas que nunca hubiéramos podido imaginar previamente. En ciertos momentos de plenitud, de intensidad llena de correspondencia, de algo que está más allá de nuestras expectativas, sólo podemos decir: «¡Es Él!». Lo decimos no como resultado de un discurso, sino por la imponencia de Su presencia, que nos llena de silencio. Es Su presencia la que nos llena de silencio. De aquí nace la fe; del hecho nace la fe, el apego a Su presencia, el amor a Su presencia, el afecto a Él: no es la fe la que produce el hecho del cristianismo, sino que es el hecho lo que genera la fe. Hasta el punto de que, si no sucediesen continuamente estos hechos, no podríamos ni siquiera pensar en Cristo ante las circunstancias de la vida.

Él es el que corresponde. Por esto, dice don Giussani en *De la utopía a la presencia*, «nuestra identidad es que somos incorporados a Cristo», que en primer lugar es este acontecimiento de correspondencia con Su presencia ahora. «La identificación con Cristo es la dimensión constitutiva de nuestra persona. Si Cristo define mi personalidad, vosotros, que sois aferrados por Él [por Cristo, como yo], entráis necesariamente en la dimensión de mi personalidad». «No existe nada culturalmente más revolucionario que tal concepción de la persona, cuyo significado,

cuya consistencia es una unidad con Cristo, con Otro y, a través de ésta [unidad con Cristo], una unidad con todos los que Él aferra, con todos los que el Padre entrega en sus manos»²². Sin esto carecemos de consistencia: somos frágiles y, en cuanto nos vamos, estamos solos o cambia la circunstancia, cualquier soplo, cualquier bufido, nos hace temblar.

Por esta identidad, por esta certeza de ser «suyos», pues hemos sido tomados, aferrados, podremos marcharnos distintos cuando nos vayamos de aquí, con todo nuestro yo cautivado por Su presencia. Esta es la novedad. Es esto lo que nos desafía constantemente a un cambio. Ahora bien, yo puedo estar disponible para dejar entrar este acontecimiento en mi vida y adherirme a él –por tanto disponible a amar la verdad de mi yo, la correspondencia única experimentada– o puedo no estar disponible. Puedo haberlo visto, pero si mañana o dentro de cinco minutos no estoy disponible para dejarle entrar de nuevo... ¡Qué lealtad se necesita con esta experiencia única de correspondencia! ¡Qué amor a uno mismo, qué ternura hacia uno mismo! Porque el hombre jamás alcanza una plenitud mayor de su propio yo como en esta experiencia de correspondencia única, distinta de todas las demás.

La cuestión de la vida es aprender el método, con el fin de que todo esto sea cada vez más nuestro: «seguir». De nuevo en *De la utopía a la presencia*: «Seguir quiere decir identificarse con personas que viven con mayor madurez la fe, *implicarse en una experiencia viva*, que nos transmite, que nos “entrega” (*tradit*, tradición) su dinamismo y su gusto». Los demás, en la convivencia, nos transmiten su gusto. «Este dinamismo y este gusto se nos trasmite no a través de nuestros razonamientos, no al final de una lógica, sino casi por presión osmótica». Y aquí don Giussani utiliza una expresión preciosa: «Es un corazón nuevo lo que se comunica a nuestro corazón, es el corazón de otro lo que empieza a moverse dentro de nuestra vida»²³. Es un corazón que late en nuestro corazón. ¡Algo completamente distinto de unas instrucciones de uso! Es una comunicación de experiencia a experiencia. Por eso se necesita una presencia viva, ahora, que pueda transmitirnos este corazón a través de una convivencia, mediante un suerte de presión osmótica, hasta el punto de que llegue a latir dentro de nuestro corazón. ¿Estamos disponibles para esto? Esta es la única condición. Es una mirada lo que da forma a nuestra mirada, es un corazón dentro de nuestro corazón, hasta el punto de que constantemente despierta en nosotros Su memoria: es una familiaridad como la que vivimos

participando en un lugar como este. Nosotros, que hemos sido aferrados por Cristo en el Bautismo, hemos comprendido qué quiere decir existencialmente este haber sido aferrados –identificados– por Cristo, justamente por la familiaridad con este lugar.

III. Una presencia original

Esto genera una criatura nueva, un sujeto nuevo en la historia a la hora de vivir toda la realidad. Si es Él el que corresponde y «todo consiste en Él» («La realidad es Cristo»²⁴), si Cristo se ha vuelto tan familiar, entonces todo me corresponde, porque me es dado, porque forma parte de Cristo: del “nada me corresponde” del comienzo, ahora “todo me corresponde”, porque está lleno de Él; todo me habla de Él, todo me reclama a Él. «Amor, amore omne cosa conclama»²⁵ (como con la persona amada: todo nos habla de ella). Entonces todo –la historia, el tiempo, las circunstancias– se nos dan para que resplandezca la verdad. Es la verificación. No es que yo tenga que comprobar si es verdad lo que he encontrado; es que toda la historia «demuestra» que es verdad lo que es verdad. Lo que reconocí como verdadero en el encuentro, se demuestra verdadero a través de todas las circunstancias, hace resplandecer su verdad y me llena de *leticia*. Cualquier cosa puede convertirse en un lugar de vida porque está Él, porque Le reconozco allí, porque todo me habla de Él. Como dice Anne Vercors en *La anunciación a María*: «Vivo en el umbral de la muerte [de la nada, del dolor, de la mentira, del mal], ¡y un gozo inexplicable reside en mí! [nada me puede quitar esta alegría]»²⁶.

Esto es lo que nosotros llevamos en nuestras caras, en nuestros rostros, en la realidad. La misión no es más que esta presencia nueva, original; es el dilatarse de esta humanidad nueva en todo aquello que tocamos, para llevar este corazón nuevo, esta mirada nueva a todo el mundo. Decía don Giussani: «Una presencia es original cuando brota de la conciencia de la propia identidad y del afecto a ella, y en eso encuentra su consistencia»²⁷. Esto es lo que nos hace ser una presencia distinta en todo, una presencia original –no una presencia reactiva, no una presencia “dictada” por el poder–. Es una presencia original: desde el modo en que miramos a nuestro hijo, hasta nuestro interés por la política o la cultura. La misión es el dilatarse de esta novedad en nosotros, para que a través de nosotros pueda llegar a todos.

Miércoles por la mañana
30 de agosto de 2006

SÍNTESIS

Julián Carrón

La primera noche habíamos partido del deseo de certeza que todos tenemos, de la urgencia que muchas veces experimentamos de no equivocarnos de camino. Estamos aquí, en el punto de camino en el que nos encontremos, porque en el encuentro con Cristo tuvimos el presentimiento de la verdad, que despertó en nosotros una curiosidad. Como Juan y Andrés, que fueron detrás de Jesús por aquel presentimiento que tuvieron en la relación con él. Esta curiosidad es la que nos ha traído hasta aquí.

Pero, ¿qué ha sucedido en estos días? Al final de nuestra Asamblea podemos hacernos de nuevo la pregunta: ¿Nos vamos más ciertos que cuando llegamos? ¿Ha surgido en nosotros el deseo de pertenecer más, el deseo de formar cada vez más parte de esta historia, se ha despertado un afecto mayor a este lugar real, histórico, concreto? Lo tenemos que comprobar todas las veces que nos reunamos, para poder marcharnos con una conciencia mayor. Pero hace falta dar un juicio sobre lo que hemos vivido: ¿tengo más certeza o no? Y esto no es algo intelectual, abstracto: es el reconocimiento de una correspondencia. ¿Cómo podemos ver si nos corresponde? La prueba es si ha crecido este deseo, si nos sorprendemos más apegados a este lugar, deseosos de pertenecer más. Si es así —y cada uno debe responder en primera persona—, ha sucedido algo, un acontecimiento, que forma parte del camino de la certeza, del camino de la convicción.

Es inevitable que nos venga a la mente ese pasaje de la Escuela de comunidad en el que don Giussani habla de la trayectoria de la

convicción. Después del encuentro, le buscan de nuevo, y tres días después van con Él, le acompañan a las bodas de Caná y allí ven el milagro, el cambio del agua en vino. El Evangelio dice que los discípulos vieron su gloria, es decir, el esplendor de la verdad: la verdad que habían atisbado en el primer encuentro resplandece todavía más. La belleza de Cristo resplandece y hace entrar en la verdad de ese Hombre. Esto –dice el Evangelio– lleva a los discípulos a creer más. «Y sus discípulos creyeron en Él»²⁸. Don Giusani comenta: «No deja de asombrar esta frase. ¿No acabábamos de ver, en el capítulo anterior, que sus discípulos ya habían “creído en él” [en el primer encuentro]?». ¿Por qué dice el Evangelio que Sus discípulos creyeron en Él? «Sin embargo, ésta es la descripción psicológicamente perfecta y precisa de un fenómeno usual para todos nosotros. Cuando encontramos a una persona importante para nuestra propia vida, siempre hay un primer momento en que lo presentimos [aquí está el presentimiento], algo en nuestro interior se ve obligado por la evidencia a un reconocimiento ineludible: “es él”, “es ella”». Esto es lo que sucede en el encuentro: un reconocimiento ineludible. «Pero sólo el espacio que damos a que esta constatación se repita carga la impresión de peso existencial. Es decir, sólo la convivencia la hace entrar cada vez más radical y profundamente en nosotros, hasta que, en un momento determinado, se convierte en certeza».

¡Es impresionante! Esta es la dinámica. «Este camino de “conocimiento” [no de sentimientos, sino de conocimiento] recibirá en el Evangelio otras muchas confirmaciones, esto es, necesitará mucho apoyo [no hay que espantarse del hecho de que tenemos necesidad de muchas confirmaciones]; tanto es así que esa fórmula, “y creyeron en él sus discípulos”, se repite muchas veces y hasta el final. El conocimiento consistirá en una persuasión que tendrá lugar lentamente, donde ningún paso posterior desmentirá los anteriores: antes también habían creído». Como cuando uno empieza a frecuentar a una persona con la que ha tenido el presentimiento de que “tal vez sea ella”, y cada vez que se encuentra con ella, que pasea, que charla, que toma con ella un café, se confirma la impresión inicial. Es sencillo, el camino cristiano es sencillísimo, como el que hacemos cuando nos encontramos con la persona amada, y sucede lentamente. «De la convivencia irá brotando una confirmación de ese carácter excepcional, de esa diferencia que desde el primer momento les había conmovido. Con la convivencia dicha confirmación se acrecienta»²⁹.

La necesidad de confirmación no se debe a nuestra inseguridad, como pensamos muchas veces, sino que pertenece a la naturaleza del camino de la convicción, que sucede lentamente. ¡Qué ternura tiene el Misterio por nosotros! Él sabe que tenemos necesidad de confirmaciones. No es porque tú seas frágil, no es porque –como piensas muchas veces– te falte algo: esta necesidad de confirmación pertenece a la naturaleza misma del camino, al modo con el que un hombre adquiere una certeza sólida, una convicción.

«En el Evangelio queda registrado que el creer abarca la trayectoria de una convicción que se va produciendo en un sucesivo repetirse de reconocimientos». Hace falta un hecho, es necesario que vuelva a suceder el hecho y es necesario que vuelva a producirse el reconocimiento. «Un sucesivo repetirse de reconocimientos, a los que hay que dar espacio y tiempo para que tengan lugar. [...] Ya que es cierto que el reconocimiento de un objeto requiere espacio y tiempo, con mayor razón esta ley no podía ser contradicha por un objeto que pretende ser único [como Jesús]»³⁰.

Por tanto, ¿qué necesitamos para que este deseo de certeza encuentre respuesta, para que la certeza encuentre confirmación? Necesitamos que acontezca de nuevo, que vuelva a suceder el acontecimiento, y que con ello vuelva a producirse nuestro reconocimiento. ¿Cuál es nuestra esperanza al marcharnos de aquí? Que este acontecimiento siga sucediendo, para que podamos tener una confirmación cada vez mayor.

Necesitamos que vuelva a suceder este acontecimiento, que suceda algo que nos aferre de tal manera que facilite nuestro reconocimiento, que se repita lo que experimentó don Giussani escuchando *La Favorita* de Donizetti: «Vais a permitirme recordar el instante en que, por primera vez, comprendí lo que es la existencia de Dios. Estaba en tercero de bachillerato, en el seminario, y teníamos clase de canto. Normalmente, el profesor dedicaba el primer cuarto de hora a explicar historia de la música con discos que nos hacía escuchar. Se hizo silencio; como todos los días, comenzó a girar el disco a 78 revoluciones y, de improviso, se oyó la voz de un tenor famosísimo entonces, Tito Schipa. Con aquella voz potente y llena de vibraciones que tenía empezó a cantar un aria del cuarto acto de *La Favorita*, de Donizetti, que comienza con estas palabras: “Espíritu gentil de mis sueños, brillaste un día pero te perdí. Huye del corazón lejana espera, sombras de amor huid también”. Desde la primera nota me vino un estremecimiento. [...] Yo, en aquel tercer año de

bachillerato, había percibido justamente en el canto de Tito Schipa el estremecimiento de algo que faltaba; algo que le faltaba, no al bellissimo canto de la romanza de Donizetti, sino a mi vida; algo que faltaba y que no encontraría satisfacción, apoyo, cumplimiento o respuesta en ninguna parte»³¹. Allí, en ese momento, al estremecerse con la voz de Tito Schipa, él reconoció la existencia de Dios. Lo que equivale a decir: sucedió algo que le atrapó de tal manera –con aquel estremecimiento– que le introdujo en el Misterio.

Esto no es sino el primer albor de lo que sucede en la compañía cristiana. Hemos escuchado en estos días a nuestra joven amiga americana, que ha pasado con nosotros los últimos meses, que no sabía dar nombre al origen de lo que había visto, pero que no podía evitar verse aferrada, tomada por lo que había vislumbrado. Ese hecho no la dejaba tranquila, y continuamente volvía a abrir la herida: «Pero, ¿qué es esto?». Es un hecho por el que se ha sentido invadida, que ha desafiado su razón y su libertad, como han testimoniado también muchos otros en el curso de estos días. ¡Cuántos me han hablado de la conmoción de ciertos momentos! En el centro de la cuestión está el yo de cada uno de nosotros. ¿Cuántos, escuchado a Tito Schipa, han reconocido la existencia de Dios? ¿Cuántos de los que están aquí ahora han dicho, conmovidos, «Tú» a Cristo en estos días? No pregunto sólo si nos hemos conmovido, si nos hemos visto aferrados, si hemos sentido un estremecimiento (como don Giussani al escuchar a Tito Schipa), sino cuántos de nosotros no se han entretenido y han llegado hasta el reconocimiento. Este es el test de nuestro encuentro. Muchos se han conmovido. Pero ¿cuántos de vosotros, y cuántas veces en estos días, os habéis sorprendido diciendo «Tú» a Cristo? Podemos hablar de Cristo todo el día sin decir «Tú»; al igual que uno puede estar con su mujer todo el día, sin mirarla ni siquiera un momento con la conmoción del primer instante. No nos confundamos: podemos hablar de Cristo todo el día y no tener ni siquiera un instante de este reconocimiento.

Él me aferra –como muchos de nosotros han sido aferrados en estos días– a través de un lugar, y me hace experimentar Su presencia dentro de este lugar. Pero esto es sólo el inicio: hace falta un yo que Le reconozca. ¡Atención!, podemos incluso haber rezado, como un añadido bonito al día, pero no haber dicho nunca «Tú» a Cristo, conmovidos por lo que sucedía en la realidad. Y es muy distinto. «Porque lo Eterno –dice don Giussani– ha entrado en el mundo donde está lo que miro con preferencia»³². Lo eterno es

aquello que me permite –a través de esta preferencia, que aferra mi yo (sin el cual yo sería un peligro andante)–, aquello que me facilita el reconocimiento sin eliminar mi libertad, sin que se convierta en algo mecánico decir «Tú»: vuelve a despertar el drama que me facilita decir «Tú». Si no llegamos hasta aquí, nos perdemos lo mejor y no encontramos lo que corresponde a la totalidad del deseo de nuestro corazón. Tratad de pensar cuántas veces en estos días nos ha llenado Su presencia de silencio, hasta el punto de despertar en nosotros la pregunta, como sucedía con sus discípulos: «Pero, ¿quién eres tú, Cristo?», o como nos decía uno de vosotros: «¿Quién eres Tú, que has entrado en lo más cerrado de mi corazón?». Esta es la educación: Él nos educa haciendo suceder algo que nos agarra y que no nos permite permanecer en nuestra medida, que no nos permite quedarnos en la apariencia, sino que facilita nuestra entrada en el Misterio.

Dice don Giussani: «El origen de esta emoción [de esta conmoción] está en la naturaleza de la presencia. [...] ¡Me conmueve! [...] Es una conmoción debida a la naturaleza de su presencia [la presencia del otro es una conmoción]. Ahora, la naturaleza de una presencia, en última instancia, es Dios; por eso, percibir su Presencia no puede sino ser una emoción, la intensidad máxima de la emoción [de la conmoción: ese estremecimiento al escuchar a Tito Schipa]». Le pregunta una de las chicas: «Pero esta conmoción [...] ¿es también el resultado de un trabajo?». Don Giussani responde: «Es una invitación. Esta emoción invita a un trabajo, mas no es fruto de un trabajo: es gracia, pura gracia. Como la presencia del ser es pura gracia, es una invitación que te sugiere “Vente conmigo”. Como dijo Jesús. Pensad en el joven rico –que se abre paso entre la gente y se queda con la boca abierta a escuchar a Jesús– y en Jesús que le mira. Entonces él le pregunta: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para entrar en lo que llamas el Reino de los Cielos, en la verdad de la realidad, en la verdad del ser?” Y Jesús se fijó en él y le respondió: “Guarda los mandamientos”. “Pero yo siempre los he guardado”. Y “Jesús, fijando en él su mirada, le amó” –habiéndole mirado, le amó–: “Una sola cosa te falta: sígueme hasta el fondo”. Esto es lo que ella llamaba “el trabajo”; le invitó a seguirle, le ofreció un trabajo: que la gratuidad que le había inundado se volviera trabajo»³³. Por tanto, el acontecimiento es pura gracia, es el comienzo, la invitación a un trabajo, a un reconocimiento, a un trabajo que permita el reconocimiento. Porque sólo Cristo es el objeto de nuestro deseo, como

intuía Leopardi: «Rayo divino pareció a mi mente, / tu belleza, mujer»³⁴. Es algo que me remite a otra cosa.

Por eso, en el punto álgido de este acontecimiento que me llena de silencio y que facilita mi reconocimiento, surge la oración: el gesto de la oración no es algo que se dé al margen de la realidad, algo añadido como un momento piadoso. La oración cristiana es este «punto álgido» de la relación con el Misterio, que tiene lugar justamente porque he sido aferrado por Él –y esto es lo que me permite Su reconocimiento–. Por eso, si no rezamos, si no damos espacio al silencio, no es porque no seamos lo suficientemente piadosos, sino porque no nos dejamos tocar por nada de lo que sucede, y porque no somos leales con lo que sucede, no damos espacio a lo que sucede. Esta es la grandeza del camino que nos propone don Giussani. Yo lo he percibido muy bien, porque durante mucho tiempo fui dualista: la oración era un añadido –por eso sé muy bien de qué estoy hablando–. Yo meditaba sobre los Evangelios, sobre los pasajes en los que los discípulos preguntaban: «Tú, ¿quién eres?», «¿Quién es ese?», pero nunca surgía en mí esta pregunta desde lo que vivía en la realidad: era un añadido. El descubrimiento del movimiento ha sido la victoria sobre el dualismo: me ha dado una certeza que antes no tenía, una razonabilidad de la fe que antes no tenía, una capacidad de desafiar todo que antes no tenía. Es una certeza que sucede en la realidad, que te lleva a una conmoción mucho más poderosa que la que nace “meditando” sobre Cristo. Por eso, cuando leo ahora los Evangelios (y cuando rezo), no puedo leerlos (como tampoco rezar), si no es dentro de esta experiencia que tengo ahora. Y los textos hablan con una plenitud y con una intensidad con la que no hablaban antes.

No necesitamos vías preferentes, no necesitamos ningún instrumento más. Siempre he rechazado esto, pues no necesitaba nada más de lo que tenían los otros, lo que tenía cualquier miembro de nuestro pueblo. Aquel que me hacía estar alegre y agradecido allí, feliz allí, pleno allí, en Madrid, me hace estar alegre y agradecido aquí. Por eso podría volver mañana a Madrid, a mi “agujero”, con la certeza de tener todo lo que necesito para vivir, para respirar; del mismo modo que cada uno de vosotros puede volver a su agujero con la certeza de lo que ha visto, de tener todo lo necesario para vivir. Basta con que yo le reconozca. Él sigue insistiendo, llamando a la puerta a través de lo que hace suceder, facilitando nuestro reconocimiento. Si nos tomamos en serio la Escuela de comunidad, si dejamos espacio al

silencio, es imposible que esto no haga que Cristo se vuelva cada vez más familiar. Por eso, el método del acontecimiento no es otro que la memoria, la memoria de Cristo, que entra –que dejamos entrar– cada vez más en el corazón.

Es fácil, basta con ceder. Pero muchas veces no dejamos ni el más mínimo espacio al acontecimiento. Preocupados por lo que no hemos hecho o por lo que debemos hacer, dejamos fuera el acontecimiento, no le permitimos quedarse ni siquiera un minuto. Esto es algo que me impresiona: un instante después de haber sido tomados por Él, un instante después de habernos dado cuenta de esto, nos “apartamos”, por el mal que hemos hecho o por las preocupaciones que tenemos con respecto al futuro. Es terrible. ¡Qué sencillez hace falta para dar espacio a este acontecimiento! A veces nosotros, en nombre de una moral cristiana concebida como coherencia, hacemos el gesto más inmoral: separarnos de ese atractivo en el que consiste la moralidad. Porque la moralidad no puede ser más que esto: no sustraernos al atractivo, como Pedro. En esto consiste el drama del que nos hablaba ayer nuestro amigo: aun experimentando el atractivo de Su presencia, uno no cede. Y me venía a la mente un pasaje de don Giussani: «¿Quién puede cambiarse a sí mismo? ¿Quién tiene tal dominio sobre su propio ser que pueda cambiarlo? Tanto es así que el primer reflejo fundamental en las relaciones es éste: cuanto más nos interesa una persona, cuanto más la amamos, tanto más “querriamos”; pero, más allá de este “querriamos” queda una tristeza: no logramos decir nada más, no logramos hacer lo que querriamos hacer. Cuanto más afecto sentimos, más quisiéramos poder, saber, dar, hacer. Sin embargo, nadie tiene un señorío sobre sí capaz de doblegar su ser existencialmente en correspondencia con lo que le mueve o le conmueve. Si todos se parasen cinco minutos al día a pensar en esto, creo que el mundo algo cambiaría, pero, ¿en qué cambiaría? ¿Tal vez en el sentido de que uno llegara a ser capaz de una coherencia que antes no tenía? No, el cambio es a un nivel más primario, que la medida de nuestra realización. ¿Cuál es la *couche* primitiva, el fundamento primario de lo que podría llegar a convertirse, con otra fuerza, en capacidad de coherencia o de una acción mejor, de presencia capaz de una respuesta mejor? [¿Cuál es ese estrato último?] Es el sí de Simón. El sí de Simón es el aspecto más totalizante: no tiene límites. Sólo tiene un horizonte donde siempre surge, donde siempre está por surgir el sol. Y es la expresión más tierna que un hombre pueda concebir. Es la manera más fuerte en

que se impone y se confiesa la necesidad que tenemos de reconocer el amor que nos alcanza. Os deseo que podáis meditar sobre esto, acordándoos de todas las personas que conocéis [por eso no he podido dejar de pensar en nuestro amigo]: todas las existencias que conocéis ceden a decir “sí” exclusivamente ante la ternura suscitado por una fuerza amorosa que se propone al corazón del yo»³⁵.

«Pero tú, ¿me amas?». La condición para empezar a comprender todo es algo que viene a ser casi igual a nada. No importa lo que hayas hecho, lo que te preocupa... «¿Me amas ahora?». Es el valor del instante. Nosotros huimos siempre del presente en nombre del pasado (de lo que no hemos hecho bien) o en nombre del futuro (de lo que tenemos que hacer). Pero como la vida es presente, la cuestión es si nosotros cedemos ahora (todo se juega en el instante presente), si cedemos ahora a Su presencia que nos pregunta: «¿Me amas?».

Es un ceder del que nos da testimonio Chaim Potok: «Me daba alivio ponerme de rodillas, y sentía mi yo extenuado ceder al abrazo de una presencia que no comprendía y, sin embargo, advertía en torno a mí como el viento y el mar»³⁶. Esta es la cuestión: ceder al abrazo de una presencia, rendirse, abandonarse a su abrazo. Cuando uno le deja entrar, Él llena todo de novedad, como describe Luisa Muraro: «El cristianismo comenzó (comienza) con una persona que, al dirigirse a otro, amigo o enemigo, extranjero o hermano, mujer u hombre, no interponía el peso de cosas ya decididas o rechazadas, y todo lo miraba por aquello que de nuevo, humano, posiblemente feliz, allí, en aquel contexto, podía darse»³⁷. Esta es «la modalidad subversiva y sorprendente de las cosas habituales»³⁸.

Nosotros hemos encontrado a Cristo. Cristo nos ha llamado, nos ha elegido para que esta novedad se torne cada vez más cotidiana. Esto es lo que nos confirma la razonabilidad de la fe: la experiencia del ciento por uno aquí, una novedad que ninguna circunstancia puede impedir, ni dolor alguno puede revocar. Es ahí, en la realidad, en las situaciones duras o buenas, agradables o difíciles, donde nosotros vemos cómo Cristo vence, de forma que nada nos puede apartar del amor a Él, y todo se convierte en la confirmación del presentimiento del inicio: ¡Es Él! ¡Es Él el que hace nuevas todas las cosas!

- ¹ Cf. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, p. 37.
- ² *Ibidem*, p. 99.
- ³ *Ibidem*, p. 102.
- ⁴ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, BUR, Milán 2006, p. 192.
- ⁵ *Ibidem*.
- ⁶ L. Giussani, *Los orígenes...*, o. c., p. 99
- ⁷ *Ibidem*, p. 102.
- ⁸ Mt 28,20.
- ⁹ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 156.
- ¹⁰ San Francisco de Asís, *Floreccillas de san Francisco*, BAC, Madrid 1998, cap. VIII.
- ¹¹ Cf. G. Leopardi, "Pensamiento LXVIII" en *Cantos-Pensamientos*. Ed. bilingüe de A. Colinas. Galaxia-Guttenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2006, p. 367.
- ¹² L. Giussani, "Cristo resucitado, la derrota de la nada", en *Huellas*, n. 4, abril 2006, p. 9.
- ¹³ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.
- ¹⁴ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Carta encíclica del 25 de diciembre 2005, I, 5.
- ¹⁵ G. Leopardi, "Aspasia", v. 33, en *Cantos-pensamientos*, o. c., p. 233.
- ¹⁶ Ivi, vv. 44-48.
- ¹⁷ C.S. Lewis, *Sorpreso dalla gioia*, Jaca Book, Milano 2002, p. 160. (Cautivado por la alegría: historia de mi conversión. Encuentro, Madrid 1989).
- ¹⁸ Cf. L. Giussani, "La coscienza religiosa di fronte alla poesia di Leopardi", en G. Leopardi, *Cara beltà...*, BUR, Milán 1996, p. 24.
- ¹⁹ L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 56.
- ²⁰ F. Kafka, *Aforismi di Zürau*, n. 13, Adelphi, Milán 2004, p. 27 (*Aforismos de Zürau*, Ed. Sexto Piso, Madrid 2006).
- ²¹ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 269.
- ²² L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza...*, o. c., p. 54.
- ²³ *Ibidem*, p. 59.
- ²⁴ Cf. Col 2,17.
- ²⁵ Jacopone da Todi, "Como l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente en lei infusa", *Lauda XC*, en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Firenze 1989, p. 318.
- ²⁶ P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 1991, p. 159.
- ²⁷ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza...* o. c., p. 52.
- ²⁸ *Jn* 2,11.
- ²⁹ L. Giussani, *Los orígenes...*, op. cit., p. 62.
- ³⁰ *Ibidem*, p. 63.
- ³¹ L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 42-43.
- ³² L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 45.
- ³³ L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 271.
- ³⁴ G. Leopardi, «Aspasia», v. 33, en *Cantos-pensamientos*, op. cit., p. 233.
- ³⁵ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 132-133.
- ³⁶ C. Potok, *Larpa di Davita*, Garzanti, Milano 1998, p. 238.
- ³⁷ L. Muraro, *Il Dio delle donne*, Mondadori, Milano 2003, p. 165.
- ³⁸ L. Giussani, *Dall'utopia a la presenza*

Índice

Introducción	3
<hr/>	
Lección	8
<hr/>	
Síntesis	19
<hr/>	
Notas	27
<hr/>	

